

El superhéroe

Por Montserrat Solís Carnicer

Hoy es un día especial, los jardines de infantes festejan el día del padre. Para ellos, las nenas estuvieron preparando regalitos con sus propias manos y con bastante ayuda de sus maestras. Los papás y también algunas mamás están llegando al jardín. Las niñas espían ansiosas detrás de las ventanas tratando de individualizar cada una a su papá. Me llena de ternura verlas, pienso que ojalá ninguno falte a la cita. Qué alivio es ver a un ser querido después de haber estado esperando un tiempo interminable. Son tan chiquitas, tan inocentes. Inocentes como lo fui yo, aun en mi adolescencia, en aquél, mi primer año de estudiante de Ciencias Sociales en la Facultad de Humanidades. Esta imagen que tengo frente de mí me retrotrae a una época no tan lejana de mi vida.

Hay padres de todas las edades, algunos muy jóvenes, seguro primerizos, otros ya conocidos de años anteriores. La veo a la mamá de Inés, debe tener unos cuarenta años, el que la acompaña supongo que es su marido, un hombre alto, de espaldas anchas y la cabeza casi calva con cierto brillo plateado. Caminan abrazados hacia la salita de su hija, la pequeña los ve y apoya su carita contra el vidrio buscando la mirada de su padre. Él acerca su mano, la niña se ruboriza, como sintiendo a través del material transparente, el calor de esa protectora caricia. No alcanzo a ver el rostro del hombre, pero quiero conocerlo, no sé qué es lo que despierta curiosidad en mí, tal vez sea ver ese matrimonio mayor, que se muestra tan cariñoso. Me pregunto si se habrán casado ya de grandes, porque Inés, además de ser hija única, es pequeña. ¿Será adoptada? Hay algo en él que me resulta familiar y siento que la nostalgia me golpea el pecho por dentro.

Ya están todos en el interior de la sala, cada niña se sienta junto a su papá. Me acerco a la ventana. No creo que alguien me llame la atención por ello, ni que nadie reclame mi presencia en la biblioteca por un tiempo. Necesito ver más de cerca a ese hombre, que ahora está atando los cordones de las zapatillas de su hija. Sus manos son grandes y fuertes.

Comienzo a sentir que mis manos se cruzan por detrás de mi espalda, quedando inmovilizadas por una cuerda ajustada y áspera. Mis muñecas están quemándose en llagas y sangre. Él juega con los largos rizos de Inés y a ella, las cosquillas le deben llegar hasta el cuero cabelludo porque está quietita con sus ojazos soñadores. La electricidad me recorre el cuerpo, mis cabellos son quemados uno a uno y unas manos grandes y fuertes me tironean para que levante la cabeza y responda a sus inquisidoras preguntas. No sé qué quiere que conteste, cuento todo lo que sé, pero parece no ser suficiente, entonces su palma como acero sacude mi rostro una y otra vez. Sobre los labios de Inés quedaron huellas del alfajor de la merienda. Su papá, con amorosos dedos va despejando esa infantil sonrisa de miguitas y chocolate. Siento en la boca el sabor metálico de la sangre y extraño a papá.

Las niñas comienzan a cantar y a aplaudir, los papás las miran derritiéndose. Esas vocécitas puras y claras resuenan en toda la escuela. Los gritos me ensordecen, insultos como latigazos aran mi piel regada por las lágrimas, mías y de otras chicas, en cuyos vientres unas piernitas se estremecen aferrándose al nido del que pronto serán exiliadas. Los padres también cantan, el de Inés tiene una voz potente y bien masculina. Yo no escucho una canción infantil. Palabras con tonada a muerte y miedo retumban violentamente de un lado a otro en mi cerebro. Gritos de odio me desamparan en ese vacío donde papá no aparece.

Es el momento de la entrega de regalos, en los ojos del hombretón asoman lágrimas al recibir el suyo. El salado y asqueroso escupitajo resbala por mi cara y los insultos se expanden como gas venenoso mientras mi voluntad se adormila. Sus ojos protectores la miran con amor y ella lo abraza como si abrazara a su osito de peluche y el gran hombre se hace pequeño entre sus brazos. Los míos están aprisionados, cada vez más seguido pierdo el equilibrio. Unos ojos como de gato en la traicionera oscuridad me están mirando. Todo el rencor y la locura se concentran en esa mirada clavada en la mía.



MONTSERRAT SOLÍS CARNICER

Nació en Corrientes. Es Bioquímica.

Pertenece al Taller Tanaypo.

Ha participado en numerosos certámenes literarios y obtenido importantes premios.

Es alumna del artista plástico Luis Llarens y ha participado en un gran número de exposiciones de pintura colectivas e individuales.